



TOCQUVILLE

EL ANTIGUO  
REGIMEN Y LA  
REVOLUCION

DC138  
.T618  
1911

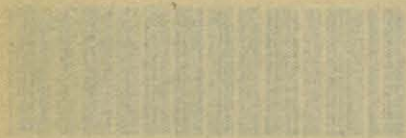
R. C.



1020025037



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



0020085037



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

## El antiguo régimen y la revolución

PRECIO EN RÚSTICA: 5 PESETAS

AUMENTO  
PROVISIONAL  
33 %

Publicadas en la misma Biblioteca

- Baldwin.—*Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental.*—Traducción del inglés por Adolfo Posada y Gonzalo J. de la Espada. Madrid, 1907. (Tamaño 23 × 15). 8 pesetas.
- Bureau.—*El contrato colectivo de trabajo.* (Le contrat du travail. Le rôle des syndicats professionnels).—Traducción y prólogo de José Jorro Miranda. Madrid, 1904. (Tamaño 19 × 12). 4 pesetas.
- Carlyle.—*Folleto de última hora.*—El tiempo presente.—Cárceles modelos.—El gobierno moderno.—De un gobierno nuevo.—Elocuencia política.—Parlamentos.—Estatuomanía.—Jesuitismo.—Traducción del inglés con una introducción y notas por Pedro González-Blanco. Madrid, 1909. (Tamaño 23 × 15). 6 pesetas.
- Fustel de Coulanges.—*La ciudad antigua.* Estudio sobre el culto, el derecho, y las instituciones de Grecia y Roma.—Traducción de M. Ciges Aparicio.—Madrid, 1908. (Tamaño 19 × 12). Precio, 4 pesetas.
- Janet.—*Orígenes del socialismo contemporáneo.*—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1904. (Tamaño 19 × 12). 2,50 pesetas.
- Janet (Paul).—*Historia de la Ciencia política en sus relaciones con la Moral.*—Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas y por la Academia Francesa. Traducción de D. Ricardo Fuente y D. Carlos Cerrillo. Madrid, 1910. Dos tomos. (Tamaño 23 × 15). 15 pesetas.
- Le Bon (Gustavo).—*Psicología de las multitudes.*—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1903. (Tamaño 19 × 12). 2,50 pesetas.
- *Psicología del socialismo.*—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1903. (Tamaño 23 × 15). 7 pesetas.
- Posada (Adolfo).—*Política y enseñanza.*—Madrid, 1904. (Tamaño 19 × 12). 2,50 pesetas.
- *Teorías políticas.*—Madrid, 1905. (Tamaño 19 × 12). 2,50 pesetas.
- *Principios de sociología.*—Introducción. Madrid, 1908. (Tamaño 23 × 15). 8 pesetas.
- Tarde.—*Las leyes de la imitación.* Estudio sociológico.—Traducción de Alejo García Góngora. Madrid, 1907. (Tamaño 23 × 15). 7 pesetas.
- Tocqueville.—*La democracia en América.*—Traducción española de Carlos Cerrillo Escobar. Madrid, 1911. Dos tomos. (Tamaño 23 × 15). 14 pesetas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

## EL ANTIGUO RÉGIMEN

Y

## LA REVOLUCIÓN

POR

A. DE TOCQUEVILLE

de la Academia Francesa

Versión castellana de la segunda edición francesa

POR

R. V. de R.

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1911

100704

20797

131087

DC 138  
.T618  
1911



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.

4-137 - Tipolit. L. Faure, Alonso Cano, 15, Madrid. - Teléfono 2.056.

6-11-2013  
D. V. ...

## PRÓLOGO

Este libro no es una historia de la Revolución, historia escrita ya con gran brillantez para que piense en rehacerla, sino un estudio acerca de esta Revolución.

Los franceses han hecho en 1789 el mayor esfuerzo que pueblo alguno ha realizado para cortar, por decirlo así, en dos partes sus destinos, y separar por un abismo lo que habían sido hasta entonces de lo que querían ser en lo sucesivo. Con este objeto han tomado toda clase de precauciones para no arrastrar nada de lo pasado á su nueva manera de ser; se han impuesto todo género de sacrificios para diferenciarse de sus antecesores; no han olvidado nada, en fin, para que no se pudiera reconocerlos.

Siempre había yo pensado que en empresa tan singular no habían logrado el éxito que en el extranjero se creyó, y ellos mismos creyeron en un principio haber logrado. Estaba convencido de que, sin darse cuenta de ello, habían conservado del antiguo régimen la mayor parte de los sentimientos, de los hábitos, y aun de las ideas que inspiraron la Revolución que lo destruyó, y sin quererlo habían utilizado sus ruinas para construir el edificio de la sociedad nueva; de tal suerte, que para comprender bien la Revolución y su obra era preciso olvidar por un momento la Francia de nuestros días é ir á interrogar en su tumba á la Francia que ya no existe. Tal ha sido mi propósito en este

libro; pero no me ha sido tan fácil conseguirlo como á primera vista me pareció.

Los primeros siglos de la Monarquía, la Edad Media y el Renacimiento han dado ocasión á inmensos trabajos y sido objeto de profundísimas investigaciones, que nos han revelado, no solamente los hechos entonces ocurridos, sino también las leyes, las costumbres, el espíritu del Gobierno y de la nación en estas distintas épocas. Nadie hasta ahora se ha tomado el trabajo de estudiar de esta manera y tan de cerca el siglo XVIII. Creemos que conocemos perfectamente la sociedad francesa de aquel siglo porque vemos claramente lo que brillaba en su superficie, porque poseemos hasta en sus más insignificantes pormenores la historia de los personajes más célebres que en él vivieron, y porque críticas ingeniosas ó elocuentes nos han familiarizado con las obras de los grandes escritores que lo ilustraron; pero en cuanto á la manera de dirigir los negocios públicos, á la práctica verdadera de las instituciones, á la posición exacta de las clases unas enfrente de otras, á la condición y modo de pensar y de sentir de aquellos que no se dejaban ver ni oír, á la raíz de las opiniones y de las costumbres, no tenemos más que ideas confusas, y muchas veces equivocadas.

Me he propuesto penetrar hasta el corazón de este antiguo régimen, tan próximo á nosotros en el tiempo, pero oculto á nuestras miradas por la Revolución. Para conseguirlo no me he limitado á releer los libros producidos por el siglo XVIII: he querido estudiar muchas obras menos conocidas y menos dignas de serlo, pero que, por estar escritas con poco arte, quizás revelan mejor los verdaderos instintos de la época. He puesto todo mi empeño en conocer bien todos los documentos públicos en que pudieron los franceses manifestar sus opiniones y sus gustos poco antes de la Revolución. Las actas de los Estados, y más tarde de las asambleas provinciales, me han dado mucha luz acerca de esto. Sobre todo he hecho mucho uso de los cuadernos

de peticiones y quejas redactados por los tres órdenes en 1789. Estos cuadernos, cuyos originales forman una larga serie de volúmenes manuscritos, pueden considerarse como el testamento de la antigua sociedad francesa, expresión suprema de sus deseos y manifestación auténtica de su voluntad postrera: son un documento único en la Historia. Pero no me ha bastado con esto.

En las naciones donde la Administración pública es ya poderosa, no surge idea, aspiración, queja, interés ó pasión que, tarde ó temprano, no entren en relación con ella. Visitando sus archivos, no solamente se adquiere una noción exactísima de sus procedimientos, sino que la nación entera se revela á los ojos del investigador. Un extranjero á quien se entregase hoy la correspondencia confidencial que llena los legajos de los archivos del Ministerio del Interior y de las Prefecturas, conocería bien pronto nuestra historia mejor que nosotros mismos. En el siglo XVIII la Administración pública era ya, según se verá en este libro, centralizadora, poderosísima, prodigiosamente activa. Á todas horas se la veía estimular, impedir ó tolerar manifestaciones de la vida nacional; podía prometer y dar mucho; influía ya de mil modos en la marcha general de los negocios, y también en la suerte de las familias y en la vida privada de los ciudadanos. Además, la falta de publicidad hacía que no se temiese acudir á exponerle hasta las enfermedades más secretas. Mucho tiempo he empleado en estudiar lo que de ella nos queda, tanto en París como en varias provincias (1).

(1) He utilizado especialmente los archivos de algunas intendencias de las más importantes, sobre todo los de Tours, que son muy completos y se refieren á una comarca muy extensa, situada en el centro de Francia y poblada por un millón de habitantes. Debo hacer público mi agradecimiento al joven y experto archivero Sr. Grandmaison. El estudio de los de otras comarcas, entre otros el de la Isla de Francia, me ha convencido de que lo mismo ocurría en la mayor parte del reino.

En estos documentos encontré, como esperaba, al antiguo régimen vivo, descubriendo sus ideas, sus pasiones, sus prejuicios, sus prácticas: cada ciudadano hablaba en ellos libremente su propio lenguaje y revelaba sus más íntimos pensamientos, y de esta suerte adquirí acerca del antiguo régimen nociones que no poseían los contemporáneos, porque tuve ante mis ojos lo que ellos nunca habían visto.

Conforme avanzaba en este estudio me admiraba de descubrir por todas partes en la Francia de aquella época rasgos característicos de la de nuestros días. Una multitud de sentimientos que yo creía hijos de la Revolución, infinidad de ideas que hasta entonces creía yo que no procedían sino de ella, una porción de prácticas políticas que generalmente se le atribuyen, estaban ya allí; por todas partes hallaba profundamente implantadas en este viejo solar las raíces de la sociedad moderna. Cuanto más me acercaba al año 1789, más distintamente percibía el espíritu que engendró é hizo nacer y progresar á la Revolución. Poco á poco iba descubriéndose ante mis ojos su fisonomía: todo anunciaba su temperamento y su genio. En aquellos viejos papeles encontraba, no solamente la razón de lo que iba á hacer en los primeros momentos, sino el anuncio de lo que á la larga había de fundar. Porque la Revolución ha tenido dos fases bien distintas: en la primera, parece que los franceses quieren abolir todo lo pasado; en la segunda, que quieren restaurar parte de lo que habían abolido, y así se ve que gran número de leyes y costumbres políticas desaparecen de repente en 1789 y vuelven á aparecer algunos años después, á la manera como ciertos ríos se ocultan en la tierra para reaparecer un poco más lejos, bañando con las mismas aguas nuevas riberas.

El objeto propio de la obra que someto al juicio público es hacer comprender por qué esta gran Revolución, que se preparaba al mismo tiempo en casi todo el continente de Europa, estalló en Francia antes que en las demás naciones; por qué surgió como por sí misma de la sociedad que

iba á destruir, y cómo, en fin, pudo suceder que la antigua Monarquía se derrumbase de manera tan rápida y completa.

A juicio mío, la obra que he comenzado no debe terminar aquí. Mi propósito es, si el tiempo y mis fuerzas me lo permiten, seguir á través de las vicisitudes de esta larga Revolución á estos mismos franceses con quien acabo de vivir tan familiarmente bajo el antiguo régimen que los había formado; verlos modificarse y transformarse según los acontecimientos, sin cambiar, no obstante, de naturaleza y reapareciendo constantemente ante nosotros con una fisonomía un tanto alterada, pero siempre con rasgos que permiten reconocerla.

Comenzaré recorriendo con ellos esta primera época de 1789, en que comparten el dominio de su corazón el amor á la igualdad y el amor á la libertad; en que quieren fundar, no solamente instituciones democráticas, sino instituciones libres; no sólo destruir privilegios, sino reconocer y consagrar derechos; época de juventud, de entusiasmo, de altivez, de pasiones generosas y sinceras, que, no obstante sus errores, vivirá perpetuamente en la memoria de los hombres, y por mucho tiempo aún perturbará el sueño de quienes pretendan corromperlos ó sojuzgarlos.

Siguiendo rápidamente el desarrollo de esta misma Revolución, trataré de exponer los acontecimientos, errores y desengaños que impulsaron á estos mismos franceses á desistir de su primer objetivo, y, olvidándose de la libertad, no desear más que ser los siervos iguales del amo del mundo; y cómo se establece un Gobierno más fuerte y mucho más absoluto que el que había destruído la Revolución, que concentra en su mano todos los poderes, suprime las libertades á tanta costa conquistadas y pone en su lugar sombras vanas; que llama soberanía del pueblo á los sufragios de electores que no pueden ilustrarse, ni concertarse, ni elegir; votación libre de los impuestos, al asentimiento de asambleas mudas ó serviles, y que al mismo tiempo que



arrebata á la nación la facultad de gobernarse, las principales garantías del derecho, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, es decir, lo más precioso y noble de las conquistas de 1789, se envanece de continuar su obra.

Me detendré en el momento en que crea que la Revolución ha realizado su obra y creado la sociedad nueva. Fijaré entonces mi atención en esta sociedad; trataré de discernir en qué se parece á la que la precede y en qué se diferencia de ella, lo que hemos perdido en esta renovación inmensa de lo existente y lo que hemos ganado, y, por último, intentaré escudriñar nuestro porvenir.

Parte de esta segunda obra está ya esbozada, pero todavía no merece ser ofrecida al público. ¿Me será dado terminarla? ¡Quién sabe! El destino de los individuos es más oscuro aún que el de los pueblos.

Tengo la esperanza de haber escrito este libro sin prejuicios; pero no diré que lo he escrito sin pasión: sería intolerable que un francés no la sintiera cuando habla de su nación y piensa en su época. Confieso, por tanto, que al estudiar nuestra antigua sociedad en cada una de sus partes nunca he perdido enteramente de vista la nueva. No solamente he querido averiguar de qué enfermedad ha muerto el enfermo, sino el medio de que no hubiera muerto: he hecho lo que los médicos, que tratan de sorprender las leyes de la vida en cada órgano que muere. Mi propósito ha sido trazar un cuadro rigurosamente exacto y que al propio tiempo fuese instructivo. Cada vez, pues, que he encontrado en nuestros antepasados alguna de aquellas virtudes varoniles que nos serían tan necesarias y que ya casi no tenemos, verdadero espíritu de independencia, amor á las grandes empresas, fe en nosotros mismos y en una causa, las he puesto de relieve; así como cuando he encontrado en las leyes, en las ideas ó en las costumbres de aquella época vestigios de alguno de los vicios que después de haber devorado la sociedad antigua amenazan la existencia de la nueva, he tenido cuidado de concentrar sobre ellos la

luz, á fin de que viendo claramente el mal que nos han hecho, se comprenda mejor el que todavía pueden hacernos.

Para conseguir este objeto, no he vacilado, lo confieso, en lastimar á personas, individuos, clases, opiniones y recuerdos, por respetables que fuesen: muchas veces lo he hecho con pena, pero siempre sin remordimiento. Que aquellos á quienes haya disgustado me perdonen, en atención al fin desinteresado y honesto que persigo.

Quizás algunos me acusarán de mostrar en este libro amor intempestivo á la libertad, de la cual, según me aseguran, apenas nadie se preocupa ya en Francia. Á los que me dirijan este reproche les rogaré tan sólo que tengan en cuenta que es muy antigua en mí esta inclinación. Hace más de veinte años que, hablando de otra sociedad, escribía casi textualmente lo que se va á leer.

Á través de las tinieblas que ocultan lo porvenir pueden descubrirse ya tres verdades clarísimas. La primera es que todos los hombres de nuestros días van arrastrados por una fuerza desconocida, cuya acción quizás sea posible regular y moderar, pero no vencer; que tan pronto los impele suavemente, como los precipita á la destrucción de la aristocracia: la segunda, que de todas las sociedades del mundo las que con más dificultad se librarán durante largo tiempo del gobierno absoluto serán precisamente aquellas en que ya no exista ó no pueda existir la aristocracia: la tercera, en fin, que en ninguna parte tiene que producir el despotismo efectos más perniciosos que en estas sociedades, porque favorece más que ninguna otra clase de gobierno todos los vicios á que esas sociedades están sujetas, y de esta suerte las empuja adonde por inclinación natural se dirijan.

Rotos los vínculos de casta, de clase, de corporación ó de familia, los hombres sienten en sociedades constituidas en esta forma irresistible inclinación á no preocuparse sino de sus intereses particulares, á no pensar más que en sí mismos y á retraerse en un individualismo estrecho que

mata todas las virtudes públicas. Lejos de luchar contra esta tendencia, el despotismo la hace irresistible, porque impide que los ciudadanos sientan una pasión común y la necesidad del mutuo auxilio, y los priva de la ocasión de entenderse y de realizar una acción concertada; los encierra, por decirlo así, en la vida privada. Ellos tendían ya á apartarse unos de otros, y el despotismo los aísla; se habían relajado los vínculos de solidaridad, y el despotismo acaba por romperlos.

En sociedades de este género, en las cuales no hay nada fijo, el temor á descender y el afán por subir son el único estímulo que constantemente mueve á los ciudadanos; y como el dinero, al mismo tiempo que se ha convertido en el signo principal para clasificar y distinguir entre sí á los hombres, ha adquirido en ellas una movilidad singular y pasa incesantemente de mano en mano, transformando la condición de los individuos y ensalzando ó abatiendo á las familias, apenas hay alguien que no se vea en la precisión de hacer esfuerzos desesperados y continuos para conservarlo ó para adquirirlo. El deseo de enriquecerse á toda costa, la pasión por los negocios, el afán de lucro, el logro del bienestar y de los goces materiales, son, por consiguiente, las pasiones más comunes en estas sociedades, y poco á poco van extendiéndose á todas las clases, dominando aún á las mismas que antes habían estado más libres del contagio, y no tardarían en enervarlas y destruirlas todas á la vez si no se pusiera un dique para detenerlas. Mas es propio de la esencia misma del despotismo fomentarlas y extenderlas. Estas pasiones enervantes vienen en su auxilio, porque apartan la imaginación de los hombres de los negocios públicos y los hacen temblar ante la idea de una revolución. Sólo él puede proporcionarles el secreto y las sombras que ponen á cubierto su codicia y les permiten obtener ganancias ilícitas sin afrontar el riesgo de la deshonra. Sin el despotismo, tales pasiones habrían sido fuertes: con él, reinan como soberanas.

Solamente la libertad puede combatir eficazmente en estas sociedades los vicios que les son propios y detenerlas en la pendiente por que se deslizan. Sólo ella puede, en efecto, sacar á los ciudadanos del aislamiento en que la independencia misma de su condición los hace vivir, para constreñirlos á aproximarse; la única que los enardece y los reúne todos los días, impulsados por la necesidad de entenderse, de persuadirse y de complacerse mutuamente en la práctica de los negocios comunes. Ella es la única capaz de apartarlos del culto del dinero y del menudo tráfago cotidiano de sus asuntos particulares, para hacerlos conocer y comprender en todo momento que á su lado y sobre ellos está la patria; ella, la única que de tiempo en tiempo sustituye al deseo de bienestar pasiones más enérgicas y nobles, la que proporciona á la ambición objetos más grandes que la adquisición de las riquezas, la que crea la luz que permite ver y juzgar los vicios y defectos de los hombres.

Las sociedades democráticas que no son libres pueden ser ricas, refinadas, ilustradas, magníficas, si se quiere, poderosas por el peso de su masa homogénea; pueden existir en ellas virtudes privadas, buenos padres de familia, comerciantes honrados y propietarios muy dignos de estimación; habrá hasta buenos cristianos, porque su patria no es de este mundo, y la mayor gloria de su religión es producirlos en medio de la mayor corrupción de costumbres y bajo los Gobiernos más detestables (el Imperio romano en su extrema decadencia estaba lleno); pero lo que no se verá jamás—me atrevo á decirlo—en sociedades semejantes son grandes ciudadanos, y, sobre todo, un gran pueblo; y no vacilo en afirmar que el nivel común de los corazones y de los espíritus no cesará de descender mientras convivan el despotismo y la igualdad.

Esto es lo que yo pensaba y decía hace veinte años. Confieso que desde entonces no ha ocurrido nada en el mundo que me haya obligado á pensar y hablar de otra manera.

Habiendo manifestado la opinión favorable que tenía de la libertad en tiempos en que estaba en auge, no se llevará á mal que persista en ella cuando se la olvida.

Téngase además en cuenta que en esto me aparto de la mayoría de mis contradictores mucho menos de lo que ellos mismos quizás se figuran. ¿Qué hombre tendrá naturalmente el alma tan mezquina que prefiera depender de los caprichos de uno de sus semejantes á obedecer á las leyes que él mismo ha contribuído á establecer, si cree que su nación tiene las virtudes necesarias para hacer buen uso de la libertad? Creo que no habrá ni uno solo. Los déspotas tampoco niegan que la libertad sea excelente; sólo que no la quieren más que para sí, y sostienen que todos los demás son indignos de disfrutarla. Así, pues, no está la diferencia en la opinión que se deba tener de la libertad, sino en la estimación mayor ó menor en que se tenga á los hombres, y por eso puede decirse de una manera rigurosa que la adhesión que se presta al Gobierno absoluto está en relación exacta con el menosprecio que se siente por la patria. Pido que se me permita esperar un poco todavía antes de cambiar de opinión.

Creo que sin jactancia puedo decir que este libro es producto de intensa labor. Capítulo hay muy corto que me ha costado más de un año de investigaciones. Podía haber recargado las páginas con notas: he preferido insertar éstas en pequeño número y ponerlas al fin del volumen, indicando la página del texto á que se refieren. En ellas se hallarán ejemplos y pruebas: muchas más podría ofrecer si alguien creyera después de leer este libro que valía la pena de pedir las.

## El antiguo régimen y la Revolución

---

### LIBRO PRIMERO

---

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### Juicios contradictorios formulados acerca de la Revolución en sus comienzos.

No hay nada tan á propósito para invitar á los filósofos y hombres de Estado al ejercicio de la modestia como la historia de nuestra Revolución, porque no ha habido nunca acontecimiento más grande, de antecedentes más remotos, mejor preparado y menos previsto.

El gran Federico, no obstante su genio, no la presiente. La toca sin verla. Es más, informa sus actos en su espíritu; es su precursor y, por decirlo así, su agente: no la conoce, sin embargo, cuando se aproxima, y al aparecer por fin, no percibe los rasgos nuevos y extraordinarios que han de caracterizar su fisonomía en la serie innumerable de revoluciones que registra la Historia.

En el extranjero la Revolución es objeto de la curiosidad universal: por todas partes hace nacer en el espíritu de los pueblos una especie de noción confusa de que se acercan nuevos tiempos, vagas esperanzas de cambios y de reformas; pero nadie sospecha aún lo que ha de ser. Los prin-